

# LA VIRGEN DEL MEDIODÍA

PAUL CLAUDEL

ES el mediodía. Veo abierta la iglesia. Debo entrar.  
Madre de Jesucristo, no he venido a rezar.

Nada quiero pedir. Y nada puedo darte.  
Y vengo simplemente, Madre, para mirarte.

Para mirarte, para llorar de felicidad y sentir sólomente  
que soy tu hijo, Madre, y que tú estás aquí, encima de mi frente.

En este quieto instante, como éxtasis del día, —¡ Mediodía!  
quiero estar en tu casa, ser contigo, María.

Callar inmensamente. Mirar tu rostro santo:  
que el corazón desate su silencioso canto.

Callar, callar y sólo de repente cantar cuando ya el corazón se  
desborda, divino,  
como el pájaro que sigue la línea de su sueño con ese baluceo del  
trino repentino.

Porque tú eres la bella y eres la inmaculada,  
y la llena de gracia, la gracia al fin hallada.

La criatura en su primitiva pureza de aire y en su tranquila plenitud final,  
como salió de entre las manos de Dios en la mañana antigua de su  
esplendor original.

Porque eres la indeciblemente intacta, porque eres la Madre del Señor  
que en tus brazos está y así acunas en ellos la única verdad, la única  
esperanza y el fruto salvador.

Porque eres «la mujer», el paraíso de la antigua ternura olvidada  
que el corazón traspasa de pronto hasta el origen de las lágrimas y hace  
saltar un llanto de mil años con su sola mirada.

Porque has salvado a Francia, porque me has salvado y siento  
que para ti fue Francia, como yo, aquello en que se piensa con quieto  
pensamiento.

Y porque cuando todo tambaleaba tú llegaste  
y porque a Francia una vez más salvaste.

Porque es el mediodía, porque existimos hoy, ahora, en este día,  
porque estás en tu cielo, siempre, sencillamente porque existes.  
simplemente, porque tú eres María,

Madre de Jesucristo, Madre, te digo: gracias !